

Criterios pastorales para revitalizar la iglesia desde el concepto clave de la comunión

Una reflexión teológica en busca de mayor coherencia en las personas, relaciones, programas pastorales y estructuras de la Iglesia.

Arturo Purcaro*

Sumario

El autor parte del concepto clave de “comunión” para hacer una reflexión teológica en búsqueda de una mayor coherencia en todas las dimensiones de la Iglesia. Después de un recorrido por las fuentes bíblicas especialmente neo testamentarias del concepto y del espíritu de la “comunión” se inspira en la doctrina del Vaticano II y llega al Magisterio Latinoamericano de Aparecida para concluir en una serie de criterios pastorales que ayudarán a revitalizar la Iglesia en su acción pastoral.

Palabras clave: Comunión, coherencia, Nuevo Testamento, Vaticano II, Aparecida, criterios pastorales.

* Sacerdote de la Orden de San Agustín. Doctor en Teología por la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, Colombia. Vicario de Pastoral, Diócesis de Chulucanas, Perú. artpurcaro@yahoo.com



Pastoral criteria to revitalize the church from the key concept of communion

*A theological reflection in search of greater coherence
in people, relationship, pastoral programs and Church
structures*

Abstract

The author starts with the key concept of “communion” to make a theological reflection in search of a greater coherence in all dimensions of the Church. After taking a look through the biblical sources of the concept and spirit of “communion” in particular from the New Testament, the author inspires in the doctrine of Vatican II and comes to the Aparecida’s Latin American magisterium to conclude in a series of pastoral criteria which will help to revitalize the Church in its pastoral action.

Key words: Communion, coherence, New Testament, Vatican II, Aparecida, pastoral criteria.



Todo comienza con la comprensión de Dios como comunión, amor compartido, Trinidad, que crea el varón y la mujer a su imagen. En el principio no está la soledad sino la comunión de personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta comunión constituye la esencia de Dios y, a la vez, la dinámica concreta de cada ser humano (*Gaudium et spes* 12 y 24-26). El ser humano está hecho para vivir en comunión. La esencialidad constitutiva de la persona humana reside en “ser para los demás”, es decir, estar en comunión. El anhelo de comunión con la divinidad, la sed del infinito, es innato al ser humano. La búsqueda de la divinidad como elemento de la naturaleza humana es expresada así por san Agustín en una de sus frases más célebres: “Tu nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”¹.

El pueblo de Israel no conoce a Dios a través de una reflexión meramente individual, sino más bien a través de experiencias históricas compartidas por la comunidad israelita. Dios hace una alianza no con cada israelita individualmente sino más bien con el pueblo como tal. Es la alianza que constituye a Israel como pueblo y que le da identidad². Así lo expresa *Gaudium et spes*:

Desde los comienzos mismos de la historia de la salvación, Él escogió a los hombres, no sólo como individuos, sino también como miembros de una determinada comunidad. A estos elegidos, Dios, al manifestar sus designios, los llamó su pueblo, con el que, por añadidura, firmó una alianza en el Sinaí (GS 32).

En el Antiguo Testamento casi no se usa el término “comunión”; sin embargo, el concepto importante se comunica de otras maneras,

¹ AGUSTÍN. *Las Confesiones*. En: *Obras de san Agustín*. Vol II. 8 ed. Madrid: BAC, 1991. p. 73.

² MARTINEZ, Felicísimo. *Liberación de la vida religiosa*. Caracas : Paulinas, 1989. p. 51-52.



preparando así la plenitud de la comunión en la persona de Jesucristo³. En el Nuevo Testamento, en cambio, la palabra “comunión”⁴ aparece diecinueve veces pero queda sólo latente en los cuatro evangelios, en el concepto de “reino”⁵.

Etimológicamente, la palabra *koinonía* (comunión) equivale a la participación con otros en una misma realidad. Teológicamente expresa la unión íntima con Dios y de los creyentes entre sí. La comunión con los demás – la red de relaciones fraternales – es fruto y consecuencia de la comunión objetiva o la participación en una misma y única realidad de la gracia presente en Jesucristo⁶.

Jesús ha revelado que Dios no es un ser solitario sino una comunidad de personas en comunión dinámica. El plan de Dios, revelado en Cristo, es compartir su propia vida trinitaria de comunión. Jesucristo hace posible el acceso a la comunión divina y de esta filiación nace la fraternidad cristiana. Esta fundamental comunión teologal, con su centro común que es la Trinidad, es la base indispensable para toda otra forma de comunión, sea social, económica, política o cultura⁷.

La comunión con el Padre se realiza por medio de la comunión con el Hijo⁷ quien hace posible la participación en la naturaleza divina⁸ y pone como condición de su seguimiento el compartir su vida y sus sufrimientos⁹. En los escritos atribuidos a San Juan encontramos matices diferentes: la comunión con el Padre y el Hijo, por la acción del Espíritu Santo, es el principio que fundamenta la comunidad eclesial que se manifiesta en la comunión fraterna entre los cristianos¹⁰. Esta

³ McGRATH, Marcos. La comunión de la Iglesia desde la perspectiva de América Latina. En : Medellín. Bogotá. No. 90 (1997); p. 268.

⁴ La palabra *koinonía* aparece en los Hechos de los Apóstoles y toma una importancia central trece veces en los escritos de Pablo

⁵ DIEZ, Macario. Diccionario teológico de la vida consagrada. 2 ed. Madrid : Claretianos, 2002. p. 317-327.

⁶ FLORISTÁN, Casiano. Teología práctica : teoría y praxis de la acción pastoral. Salamanca: Sígueme, 1998. p. 568.

⁷ GHIRLANDA, Op. Cit. p. 36.

⁸ 2 Pedro 1,4

⁹ Marcos 8,34-37; Mateo 20,22.

¹⁰ Juan 17, 20-23

comunión es un permanecer el uno en el otro para formar uno solo en el amor, con sus consecuencias externas y sociales¹¹.

Los Hechos de los Apóstoles¹² nos comunican la vivencia de la comunión de la comunidad de Jerusalén; una comunidad en que la comunión se hace visible por medio de compartir los bienes materiales y espirituales, el alimento, la alegría y el sufrimiento. Esta comunión brota de la fe, de las disposiciones interiores (“un solo corazón y una sola alma”) y se manifiesta en una solidaridad que repercute tanto en la preocupación por los otros como en el cumplimiento de la misión que sus miembros están llamados a realizar¹³. La comunión, animada por el Espíritu divino, para ser real y auténtica tiene que expresarse exteriormente en una efectiva comunión de bienes y de personas, en un verdadero servicio los unos para con los otros. La comunión eclesial es la manifestación de la comunión con Dios, una continuación lógica de la vivencia de la vida en común que Jesús realizó con sus discípulos¹⁴. Sobre esta base de la comunión con el Padre y con el Hijo, el Espíritu realiza la comunión entre los creyentes¹⁵ y nuestra participación en la naturaleza divina depende de esta iniciativa divina.

El uso que le dan los autores neo-testamentarios al término griego (*koinonía*) permite varias interpretaciones¹⁶. En unas citaciones¹⁷ la palabra *koinonía* tiende mayormente a identificarse con la unión o comunión espiritual, entre sí y con los apóstoles, además de con Dios mismo; mientras en otra citación¹⁸ se refiere más que todo a la relación íntima que media entre Cristo y los creyentes cuantas veces se celebra la fracción del pan. Esto sería el sentido eucarístico de la palabra, siendo la eucaristía el alimento que asegura la permanencia en y de esta comunión¹⁹. Mientras el sentido eclesial refiere principalmente a la colecta realizada entre las comunidades de origen pagano a favor

¹¹ Juan 15, 4-7.

¹² Hechos de los Apóstoles 2, 42-44.

¹³ BUENO, Op.cit., p. 78.

¹⁴ Lucas 8, 1-3; Juan 12, 6 y Marco 18 *passim*.

¹⁵ 1 Juan 1, 3.

¹⁶ SALAS, Antonio. San Agustín: la “*koinonía*” bíblica, fundamento de su “*communitas*”. En: VI Jornada de Filosofía Agustiniana. Caracas: UCAB, 1992. p. 115-117.

¹⁷ 1 Corintios 1, 9; Primera Carta de san Juan 1, 3. 7

¹⁸ 1 Corintios 10, 16.

¹⁹ Juan 6, *passim*.



de la comunidad hebrea-cristiana de Jerusalén²⁰. La idea predominante en el concepto englobado en la palabra *koinonía* es definitivamente la unión de los hermanos entre sí y con Cristo.

La palabra *koinonía* se usa también para expresar el concepto de comunión de bienes materiales²¹. Es de notar que la mera comunión de bienes materiales, aunque necesaria, no sería suficiente para fundamentar la *koinonía* sobre la cual se pretendía cimentar la comunidad de Jerusalén, pero ha servido como punto de arranque. Tomando como modelo a Jesús que “a pesar de su condición divina, no hizo alarde de ser igual a Dios; sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo”²², los miembros de la comunidad apostólica renunciaron a la posesión de los bienes materiales para poderse dedicar por completo a la búsqueda de otros bienes, más duraderos y consecuentes con la primacía del amor que reinaba entre ellos. Habiendo dado este primer paso hacia la erradicación del individualismo a nivel personal, los miembros de la comunidad centran su atención en desarrollar una convivencia armoniosa entre todos, a nivel comunitario, de corazones y de almas. Es importante comprender que en esta comunidad lo que más interesa no es la renuncia de la posesión de bienes materiales sino el amor hecho manifiesto en la comunión en todos los ámbitos de la existencia humana. Este paso luego les permite dirigirse juntos, ayudándose mutuamente, hacia el sumo bien, hacia Dios, con quien quisieran unirse definitivamente.

Vemos el ejercicio de esta misma comunión en la colecta que Pablo realiza²³, y que hace real la comunión entre iglesias, conserva la unión entre los cristianos gentiles y los cristianos hebreos. En la teología paulina la comunión con Jesús de parte del creyente se efectúa a lo largo de los tiempos por la participación en el cuerpo eucarístico de Cristo²⁴ ya que los que cenan con Cristo están en comunión con todos los que comparten esa cena. La comunión con Cristo es fuente de la comunión entre los fieles. La dimensión vertical de la comunión hace posible la apertura horizontal, verdadera expe-

²⁰ Romanos 15, 26.

²¹ Hechos de los Apóstoles 2, 44; 4, 33; Carta a los Hebreos 13, 13.

²² Filipenses 2, 6-7.

²³ 2 Corintios 8 y 9.

²⁴ 1 Corintios 10, 16-17.

riencia de eclesialidad. Así la Iglesia es considerada la prolongación en el tiempo de la comunión de y con la Trinidad²⁵.

La comunión presupone, por un lado, la propuesta y don de parte de Dios, de su amor, porque es siempre su iniciativa; y del otro lado, la respuesta, entendida como opción libre, de parte del ser humano. La comunión es la coincidencia entre la voluntad de Dios y la opción y decisión libre del ser humano. Definitivamente, no se puede considerar la comunión como una simple afinidad imprecisa entre personas, o una compensación psicológica de la propia soledad o de carencias afectivas. Es por eso, justamente, que la Comisión Doctrinal del Concilio Vaticano II ha escrito una nota explicativa previa al capítulo 3 de *Lumen gentium*, clarificando: “La comunión es una noción que fue tenida en gran honor en la Iglesia antigua, como sucede hoy también sobre todo en el Oriente. Su sentido no es un vago afecto, sino una realidad orgánica que exige forma jurídica y al mismo tiempo está animada por la caridad”²⁶. Se ve, por tanto, que la comunión es un concepto que tiene que superar la esfera teórica, romántica y literaria para entenderse teológicamente a la luz de los datos de la revelación y desde su raíz trinitaria²⁷.

Por su parte, la persona humana está llamada a utilizar métodos concretos para conformarse a la voluntad de Dios. Estos métodos son la ascesis o las nuevas formas de disciplina que se emplean en respuesta al protagonismo de Dios. La espiritualidad de comunión es el itinerario espiritual y ascético hacia metas crecientes de unidad de vida y de comunión con Dios, en Cristo y por el Espíritu, junto con todos los que en Cristo han sido llamados a una misma vocación para la salvación universal.

El sujeto de la espiritualidad promovida por la Iglesia en el Concilio Vaticano II es la misma Iglesia, la comunidad creyente, y no cada uno de modo aislado. Después de casi cinco siglos en los que prevaleció la perspectiva individual de la espiritualidad, la Iglesia llama ahora a la perspectiva comunitaria, recuperando así una tradición antigua y primitiva en que el cristiano no sólo es un ser para los demás, sino un ser con los demás.

²⁵ BUENO, E. Op. Cit. p. 77.

²⁶ Concilio Vaticano II, Nota Explicativa Previa al Capítulo 3 de *Lumen gentium*, en Constituciones, Decretos, Declaraciones. BAC, Madrid. 1965, p. 120.

²⁷ BUENO, Eloy. *Eclesiología*. Madrid : BAC, 1998 p. 75.



Se descubre la clave de la renovación pastoral promovida por el Concilio Vaticano II en una renovada espiritualidad. El Concilio Vaticano II²⁸ elige una óptica, la de la Iglesia como “misterio de comunión”, para definir su modo de ser y de actuar en la historia y, al mismo tiempo, ser el núcleo catalizador en torno al cual vivir el conjunto de valores de la vida cristiana. La comunión radical que existe en la Trinidad es la fuente de toda comunión eclesial, y la Iglesia, en la perspectiva trinitaria, se convierte en la manifestación misteriosa de esa comunión radical²⁹. El Concilio contempla la comunión como una realidad espiritual interna que se expresa visiblemente.

Al presentar a la Iglesia como misterio de comunión es importante aclarar que se trata de la comunión con Dios, la comunión fraterna en Dios y la comunión con toda la realidad creada. La Iglesia nace del amor trinitario, de la iniciativa divina de llamar a toda la humanidad a la participación de su vida; es revelación y don de parte de Dios³⁰. Quienes lo acogen con fe son constituidos en Iglesia, que, por tanto, es santa y llamada a la santidad.

La comunión de las personas con Dios implica una nueva relación, una verdadera comunión entre los que comparten la misma vida de Dios³¹. Esta convivencia es el sentido y el destino de la existencia humana. El misterio de comunión entre los seres humanos en Dios parte de la intercomunicación de las personas en Cristo. La comunión de los cristianos entre sí nace de su comunión de cada uno con Cristo para formar así un pueblo nuevo. La originalidad de este pueblo nuevo en la historia consiste en que todos sus miembros están llamados a dejarse invadir del Espíritu de Dios, para superar sus divisiones interiores y exteriores, y así ir unificándose, constituyéndose como el pueblo nuevo

²⁸ Vaticano II utiliza en 122 ocasiones el término comunión, mientras en el Concilio Vaticano I se encuentra sólo cinco veces. BUENO, Op. cit. p.73.

²⁹ GRASSIO, Op. Cit., p. 655.

³⁰ *Gaudium et spes*, No. 24 lo dice así: “Más aún; cuando Cristo nuestro Señor ruega al Padre que todos sean “uno”... como nosotros también somos “uno” (Juan 17, 21-22), descubre horizontes superiores a la razón humana, porque insinúa una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Esta semejanza pone de manifiesto cómo el hombre, que es en la tierra la única criatura que Dios ha querido por sí misma, no pueda encontrarse plenamente a sí mismo sino por la sincera entrega de sí mismo.”

³¹ “Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros” (1 Juan 4, 11).

propiamente de Dios. Así sus miembros son responsables de su vida y su misión en virtud del bautismo, cada uno según su propio don, carisma o ministerio, en unión orgánica, anteponiendo las relaciones de caridad a las relaciones meramente funcionales y organizativas³².

Otra dimensión de la Iglesia como misterio de comunión es la integración y armonía de toda la realidad – incluyendo la dimensión económica, social y política a igual que su relación con el cosmos en sí - en Dios, ya que no sólo el ser humano y la comunidad están llamados a la comunión con Dios, constituyendo así el nuevo pueblo, sino que también, junto con la humanidad y por medio de ella, toda la realidad creada está llamada a la comunión con Dios, poniendo así todo al servicio del fin último: la restauración definitiva de todas las cosas en Cristo. Así, la Iglesia está llamada a ser sacramento, es decir, signo e instrumento de la unificación del ser humano en sí y de toda la creación en él y en Cristo Jesús.

Lumen gentium (LG 1) define a la Iglesia como sacramento, es decir signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de toda la humanidad. La Iglesia está estructurada en su comunión a imagen y semejanza de la comunión trinitaria, como icono de la Trinidad³³. La Iglesia viene de la Trinidad y tiende hacia el origen del cual procede. El Concilio Vaticano II ha ayudado a recuperar el sentido y destino trinitario de la Iglesia (LG 3; 48-50).

La Iglesia, según el Concilio, es una comunidad, un sacramento de comunión, en medio de una sociedad dividida por la injusticia y la exclusión. Es “una comunidad de fe, de esperanza y de caridad” (LG 8), con la vocación de acoger de nuevo en su comunión a los que la sociedad ha expulsado. Su misión esencial es el servicio a la comunión. “Lumen gentium se abre precisamente enclavando la Iglesia en el misterio trinitario” afirma Marcos McGrath³⁴. Así da comienzo a un modo peculiar de ver, de ser y de actuar como Iglesia para el mundo y todas las enseñanzas del Concilio están marcadas por este sello trinitario.

³² BLAQUEZ, Ricardo. La Iglesia del Concilio Vaticano II. 2 ed. Salamanca : Sígueme. 1991, p. 60-63.

³³ FORTE, Bruno. La Iglesia, icono de la Trinidad. Salamanca : Sígueme, 1992. p.29.

³⁴ Para este tema he consultado ampliamente McGRATH, Op.cit., p. 267-277 y GHIRLANDA, Gianfranco. El derecho en la Iglesia. Madrid : San Pablo, 1992. p. 36-46.



La comunión de la Iglesia – que no es un aspecto parcial sino una dimensión constitutiva de la Iglesia - encuentra sus raíces profundas en el misterio de la Trinidad.

El Concilio asume de nuevo la espiritualidad evangélica en cuanto vivida y llamada a vivirse como comunión y comunidad, como Iglesia, Cuerpo de Cristo. La realidad de la Iglesia, que se entiende y se da a entender como comunión, hace surgir desde su seno una espiritualidad de comunión. La búsqueda de la unidad de los cristianos y la perspectiva de una humanidad que es toda ella familia de Dios da a la espiritualidad cristiana un fuerte impulso hacia la comunión tanto hacia dentro, para mayor coherencia, como hacia fuera, para una mayor fuerza de evangelización y de testimonio ante la humanidad. Por eso mismo se privilegia actualmente la vía espiritual de la comunión, de la relación mutua, de la mística que se inspira en su arquetipo, que es el misterio trinitario³⁵.

El concepto de comunión está “en el corazón del auto-conocimiento de la Iglesia”³⁶. La comunión promueve una solidaridad espiritual y visible entre los miembros de la Iglesia a la vez que se alimenta de la unión íntima con Dios Padre en Jesucristo por medio del Espíritu Santo de modo invisible³⁷. La Iglesia de nuestro tiempo, entendida como signo e instrumento de comunión, tiene algo que decir, una Buena Nueva, con su palabra y con su testimonio de vida, especialmente a la población empobrecida de América Latina.

Aparecida y la Iglesia comunión

El tema de la comunión eclesial al servicio de la nueva evangelización es de gran importancia en nuestro mundo cada vez más atomizado y afectado en su corazón por la creciente práctica económica neo-liberal basado en el individualismo. Los grandes intereses económicos han desnaturalizado las relaciones familiares, sociales, políticas

³⁵ JANSEN, Theo. Historia de espiritualidad. En: Diccionario teológico enciclopédico. Navarra: Verbum Divino, 4 ed., 2003. p. 336.

³⁶ Así lo afirmó Juan Pablo II en su Discurso a los Obispos de los Estados Unidos de América el 16 de septiembre de 1987. Ver “*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*” X, 3. Roma: Vaticana, 1987. p.553.

³⁷ ROVIRA, Josep. Vaticano II: un concilio para el tercer milenio. Madrid: BAC, 1997. p. 77.

y culturales y las han convertido en relaciones meramente funcionales, al servicio del lucro o del interés propio, a costa del bien común.

Aumenta la evidencia del individualismo en nuestro ambiente: gran parte de la población latinoamericana va perdiendo el sentido de las relaciones. Su horizonte parece ser el “tener” cada vez más, de manera cada vez más rápido y con menos sacrificio personal.

El “otro” es reconocido en la medida en que puede rendir un beneficio o satisfacer una necesidad personal o colectiva, a tal punto que se pone de referencia al individuo y su satisfacción, seleccionando los valores que buscan satisfacer el bien personal³⁸.

“Comunión” es la palabra clave, sin duda, para comprender e interpretar el documento de Aparecida³⁹. Frente a los mecanismos de exclusión y de marginación de personas y grupos, la comunión como comprensión de sí de la Iglesia y la manera de darse a conocer en el mundo cobra mayor significado. El documento de Aparecida desarrolla el concepto elaborado por Juan Pablo II en Tertio Millenio Adveniente (43), la espiritualidad de comunión, traducéndolo en lenguaje pastoral (Comunidades Eclesiales de Base, parroquia como comunidad de comunidades).

La conversión de los pastores nos lleva también a vivir y promover una espiritualidad de comunión y participación, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. La conversión pastoral requiere que las comunidades eclesiales sean comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo, Maestro y Pastor. De allí, nace la actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas. Hoy, más que nunca, el testimonio de comunión eclesial y la santidad son una

³⁸ Idea tomada del texto introductorio a la XIII Asamblea General de la CLAR, (Lima, Perú, 12-21 de junio de 1997). La vida religiosa en América Latina y el Caribe frente al cambio de época: ser señal en la tensión entre modernización y exclusión. En: CLAR. Bogotá. No. 2 (1997); p. 82.

³⁹ La palabra “comunión” aparece 268 veces en un documento de unas 80 mil palabras.



urgencia pastoral. La programación pastoral ha de inspirarse en el mandamiento nuevo del amor (cf. Jn 13, 35).

A la eclesiología de comunión redescubierta y promovida por el Concilio Vaticano II como fundamento doctrinal de la espiritualidad de comunión revitalizada en y por medio de los documentos conciliares y pos-conciliares, se suma la actividad pastoral, es decir los medios correspondientes y coherentes con esta eclesiología y espiritualidad, una actividad pastoral que encarna y hace visible la comunión fundamental y esencial de la Iglesia y de los discípulos-misioneros de Cristo. La revitalización de la Iglesia exige la armonización de la doctrina, la espiritualidad y la actividad pastoral, una coherencia interna, que contempla a las personas no como aisladas sino partícipes de un mismo sentido de vida, motivados por la fe, en torno a una conciencia común en un clima de profundidad en las relaciones interpersonales y en un contexto de interacción cada vez mayor.

Criterios pastorales consecuentes con la convicción de la comunión como clave para la revitalización de la Iglesia y del mundo

1. Con el concepto clave de la comunión, es evidente que la renovación de la Iglesia en general y específicamente la parroquia, ha de partir, desde el inicio, con todos los bautizados y gente de buena voluntad, convocando siempre de forma sistemática a todos. Así la Iglesia manifiesta su comprensión de su misión de incluir a los que se sienten o que son realmente excluidos, no partícipes de la comunión. La Iglesia nace del amor trinitario, de la iniciativa divina de llamar a toda la humanidad a la participación de su vida. Partir siempre de todos los bautizados y personas de buena voluntad es ofrecer las condiciones mínimas para permitir o facilitar su participación. Estamos llamados a respetar la libertad de los que no responden; que sean ellos los que decidan, no nosotros al no invitarles o por invitarles de mala gana.

Aparecida traducía este criterio pastoral de esta forma: “La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera... con nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia

se manifieste como una madre que sale al encuentro...” (370). El dinamismo que impulsa la gran Misión Continental es reflejo de este espíritu fundamental de comunión, que busca incorporar a todos los bautizados en el proceso de evangelización.

“No podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos...” decían los obispos en Aparecida (548). No es una opción no hacer nada o sencillamente seguir haciendo lo que venimos haciendo. No estamos llegando con la Buena Nueva a tantas familias católicas “que viven y mueren sin asistencia de la Iglesia, a la que pertenecen por el bautismo” (100 e).

No podemos ser pastores y quedarnos ajenos a las ovejas, ni guiarlos desde lejos, ni virtualmente o por internet. El sacerdote y los agentes pastorales somos parte de la comunidad y encontramos nuestra razón de ser en acompañar y servirla. La parroquia no sólo extiende partida de bautismo para comprobar por motivos legales que uno pertenece a la Iglesia; más bien está llamada a crear condiciones para permitir que cada bautizado realmente se sienta incorporado al rebaño, oveja del redil, miembro del cuerpo de Cristo, y pueda vivir la experiencia de la comunidad cristiana caracterizada en la comunidad primitiva de Jerusalén como comunidad de fe, de caridad, de oración y misionera por naturaleza.

¿Cómo llegar a conocer a las ocho o diez mil – y más - familias dispersas en el territorio que comprende la parroquia? Es humanamente imposible para un párroco, por mucho que el Derecho Canónico lo identifica como una de sus tareas del párroco; imposible si no tomamos en cuenta las orientaciones que nos ofrecen los obispos en Aparecida: sectorizar el territorio con criterios pastorales coherentes con la comunión deseada.

Teniendo en cuenta las dimensiones de nuestras parroquias, es aconsejable la sectorización en unidades territoriales más pequeñas, con equipos propios de animación y coordinación que permitan una mayor proximidad a las personas y grupos que viven en el territorio (372).



En este sentido es importante tomar en cuenta la norma de sembrar lo que se espera cosechar. Si deseamos colaborar con Dios en edificar una Iglesia que vive y vibra la espiritualidad de comunión, será necesario ir creando estructuras de comunión y participación. Estas estructuras nuevas, como vasijas nuevas para el vino nuevo de la comunión, ordinariamente toman en cuenta los principios sociológicos y antropológicos que nos orientan a sectorizar o zonificar la parroquia en unidades de 50 a 150 familias. Ese número de familias (alrededor de mil personas) es recomendable dado que si es menor de 50 familias, difícilmente encontrarán el número suficiente para asumir los cargos (el equipo de coordinación o animación mencionado en Aparecida y que se explicará en el criterio cuarto más abajo) que corresponden a esta estructura parroquial. Si supera 150 familias, corre el riesgo de caer en el anonimato, desentenderse de la actividad que se realiza en el sector/zona.

Este ministerio de siempre invitar a todos corresponde a toda la comunidad cristiana por definición (siendo una comunidad cristiana, al estilo de la primitiva de Jerusalén, por esencia misionera – igualmente comunidad de fe, de culto y de caridad). Tal como con otros ministerios, se plasma este carisma en un responsable (de misioneros) que conjuntamente con su equipo (idealmente uno de entre diez a quince familias vecinas) hacen visible la preocupación de toda la comunidad por incluir, de modo sistemático y permanente, a todas las familias en el territorio parroquial.

2. Creer que Dios está presente en su pueblo. Dios nos invita a descubrir su presencia – Dios con nosotros - en lo que hay de verdad y de bien en cada persona y en el pueblo y sus costumbres, para luego apoyarlo, secundarlo, y purificarlo impulsándolo a crecer, viviéndolo a través de la estructura de una Fiesta de Fraternidad. Estas llamadas Fiestas de Fraternidad son ocasiones que ya reúnen al pueblo, experiencias de convivencia cristiana, de solidaridad y celebración, momentos significativos presente en la cultura, no traído de fuera ni desde arriba. Se parte de lo que hay que reúne a la gente y desde lo que se podrá aprovechar para secundar los valores evangélicos innatos. No se trata de mera repetición folclórica de eventos culturales sino más bien intentos de rescatar

creativamente lo que hay de bueno y cristiano en estas celebraciones y eventos, purificándolos cada vez más de los elementos de exceso y ajenos a una celebración cristiana. Aquí se refiere a las celebraciones que atraen a multitudes como por ejemplo Fiestas Patrias, día de la Madre, día del Campesino, al igual que Navidad, Semana Santa, procesiones con participación masiva, fiesta patronal y ocasiones por el estilo.

Para esas ocasiones se prepara una liturgia especial (a realizarse ordinariamente sin sacerdote y no, por especial, extensa, sino por el contrario puntual, amena y significativa) para realizar en el sector/zona, incluyendo elementos que favorecen la participación y el diálogo – una breve asamblea zonal o sectorial para informar y consultar al pueblo, y una convivencia o compartir cristiano en que se toma en cuenta a los más humildes de modo especial. Se trata de dosificar la acción pastoral, de ofrecer lo que puede ayudar a dar un paso, a crecer en la fe, juntos como pueblo. Significa crear la capacidad de reconocer el “momento de salvación” presente en las personas y acontecimientos actuales.

Urge pasar de una pastoral “para” los demás, particularmente para los alejados, a otra que parte “desde” los otros (verdaderos sujetos de la evangelización), que se hace “con” los otros y para que todos juntos alcancemos progresivamente la madurez de Cristo. Se trata de una pastoral del Pueblo de Dios: desde, con y para este pueblo concreto que es de Dios. Es hacerse compañero de camino de los destinatarios para caminar todos juntos como discípulos hacia la plenitud del único Buen Pastor. Como afirman los Obispos en Aparecida:

La pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros... Su vida acontece en contextos socioculturales bien concretos. De allí nace la necesidad, en fidelidad al Espíritu Santo que la conduce, de una renovación eclesial que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales. Estas transformaciones representan nuevos desafíos para la Iglesia en su misión de construir el Reino de Dios... (367) El proyecto de pastoral debe ser una respuesta para atender las exigencias del mundo de hoy... (371)



3. La señal de que una Iglesia es fiel a Jesús es que hace llegar la Buena Noticia a los pobres. Es nuestra opción por los pobres que significa partir de la mayoría, de los que no tienen, los que no saben, no pueden, no practican. Así los pobres llegan a ser los protagonistas de la evangelización, ya que el mensaje es anunciado, en forma dosificada, a los sobrantes y desechables identificados por Aparecida. Es realizar nuestras acciones en un horario y en un lugar donde todos puedan asistir y con los que normalmente no participan. La Fiesta de Fraternidad en la zona/sector se realiza en el lugar más apropiado para acoger a los que se sienten excluidos: frente a la casa del anciano postrado en cama - e incluye el arreglo de su casa de antemano por los moradores; en una chacra para enfatizar nuestra gratitud por la obra de creación y nuestro compromiso a no talar indiscriminadamente a los árboles sino a cuidarlos; colocando el monumento del Jueves Santo en el hogar más humilde (como el establo de Belén) para acompañar a Cristo en su agonía por medio de la oración y la colecta de víveres y útiles para los en quienes Cristo vive su agonía actualmente. Implica adecuar el lenguaje (en discursos y publicaciones) para que pueda ser entendido por la gente sencilla. El lenguaje erudito llega a los eruditos, pero excluye a los no preparados; por el contrario, el lenguaje sencillo es al mismo tiempo inteligible a eruditos y sencillos. En Aparecida encontramos esta afirmación de nuestros Obispos:

Nos comprometemos a trabajar para que nuestra Iglesia ...siga siendo compañera de camino de los más pobres... Que sea preferencial implica que debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales. La Iglesia está llamada a ser sacramento de amor, solidaridad y justicia entre nuestros pueblos. (396)

Exige superar el racionalismo, el intelectualismo, el sentido de superioridad que remite a los que "saben" menos a planos inferiores. Es dejarse evangelizar desde los mismos pobres, ser discípulo - con el pobre - del único Maestro, Cristo. Como afirma Aparecida:

Esa misión evangelizadora abraza con el amor de Dios a todos y especialmente a los pobres y los que sufren. Por eso, no puede

separarse de la solidaridad con los necesitados y de su promoción humana integral: Pero si las personas encontradas están en una situación de pobreza –nos dice aún el Papa–, es necesario ayudarlas, como hacían las primeras comunidades cristianas, practicando la solidaridad, para que se sientan amadas de verdad. El pueblo pobre de las periferias urbanas o del campo necesita sentir la proximidad de la Iglesia, sea en el socorro de sus necesidades más urgentes, como también en la defensa de sus derechos y en la promoción común de una sociedad fundamentada en la justicia y en la paz. Los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio. (550)

4. Hay muchas personas dispuestas a colaborar y nadie es tan pobre que no tenga nada que ofrecer. No se trata de que pocos hagan mucho, sino de que muchos hagan poco. Esto exige trabajar en equipo, siendo personas de diálogo que reconocen sus dones y talentos para ponerlos al servicio de la comunidad. Para eso, será indispensable preparar a las personas para la acción. La actividad que se realiza a nivel zonal/sectorial se relaciona justamente con la descentralización de los servicios pastorales que ordinariamente se desarrollan simplemente en el centro parroquial y que son constitutivos de ser Iglesia: comunidad de culto, de caridad, de fe y misionera.

El equipo de coordinación es presidido por un coordinador o coordinadora que sirve como puente entre las familias de la zona y el equipo parroquial; comunica necesidades e información, encabeza el equipo zonal y vela para la experiencia comunitaria en la fe de las familias. Para que la zona pueda ser una comunidad de fe, hace falta nombrar y capacitar catequistas para la catequesis pre-sacramental de bautismo, primera comunión, confirmación y matrimonio. Para ser comunidad de culto hace falta tener un equipo de liturgia para las celebraciones dominicales a igual que la liturgia especial de las Fiestas de Fraternidad que se realizan en la zona. De igual forma, para poder ser una comunidad de caridad o solidaridad hace falta nombrar una persona responsable de promover la atención por los más necesitados de la zona.

Así que el equipo de coordinación reúne coordinador, responsable de catequesis, responsable de liturgia, responsable de ayuda



fraterna y responsable de misioneros, cada uno con su equipo de ayudantes. Se comienza con un equipo mínimo y se va aumentando, creando espacios de comunión y participación cada vez más amplios. Cada bautizado tiene algo para compartir; es necesario descubrirlo y capacitar la persona para la acción a realizarse. Aparecida asume este criterio fundamental para la Gran Misión Continental:

Todos estamos llamados a participar en la acción pastoral de la Iglesia, ... con el testimonio de vida y, ... con acciones en el campo de la evangelización, ... y otras formas de apostolado, según las necesidades... (211)

Así se crea y se deja espacio para que surjan nuevos agentes pastorales, formados en la acción. Intentar formarlos académicamente, previo a su servicio apostólico, corre el riesgo de alienarlos en su medio y cerrarlos en su estado de receptores. Salir del círculo vicioso – no hay laicos capacitados, los sacerdotes tienen que hacerlo todo, el clero no tiene tiempo para evangelizar o capacitar al laico ni a buscar a nuevos comprometidos – que ofrece cierto sentido de seguridad mientras abandona a los “alejados”, costará una conversión pastoral significativa.

La puesta en marcha del renovado modelo de la Iglesia promovida por el Concilio Vaticano II depende en gran medida de la superación del clericalismo. Aprender a trabajar en equipo y enseñar con el ejemplo a coordinar actividades es indispensable para vivir la comunión a nivel ministerial. El resultado que se puede esperar, a los pocos años de comenzar a implementar un plan pastoral de esta naturaleza, para una diócesis de ochentaicinco mil familias (entre el ambiente urbano y 1,700 centros poblados del ambiente rural) es contar con un equipo zonal de un mínimo de cinco miembros adecuadamente capacitados. Se multiplica este número mínimo por las 1,800 comunidades sectoriales o zonales, y se llega a contar con nueve mil colaboradores habituales como agentes pastorales. En un ambiente donde anteriormente no se lograba celebrar eucaristía sino esporádicamente (una vez en diez años), ahora se puede contar con la celebración de la liturgia dominical sin sacerdote cada domingo, la catequesis

pre-sacramental, la promoción humana mínimamente atendida y la visita domiciliaria a todos los hogares cinco veces al año para invitar las familias a participar.

5. No destruir nada de lo que existe actualmente a nivel parroquial, más bien orientarlo todo - personas y asociaciones - hacia una Iglesia de comunión y participación, "... someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida. Todos estamos llamados a escuchar con atención y discernir o que el espíritu está diciendo a la Iglesia" (366).

Hay lugar para incorporar los dones y talentos, los carismas y servicios que han nacido en cierto momento de la historia. La Legión de María, movimientos carismáticos, las cofradías y hermandades, el consejo pastoral, la catequesis y ministerios litúrgicos: todos tienen un lugar. Así también para las escuelas y colegios, los profesores de religión, comunidades religiosas, asociaciones de fieles. A todos se les pide ir asumiendo como suyo el objetivo de la parroquia, cada uno según su carisma. Mientras tanto, se le pide participar ahora personalmente en su propia zona de residencia, de preferencia ejerciendo el ministerio que ha asumido anteriormente a nivel parroquial (sea catequesis, lector, devoción al Sagrado Corazón de Jesús o la Legión de María). Sigue participando a nivel parroquial en los diversos movimientos o grupos apostólicos, pero ofrece el fruto de su carisma principalmente a nivel zonal, entre sus vecinos. Así lo dicen los Obispos en Aparecida:

La Diócesis, presidida por el Obispo, es el primer ámbito de la comunión y la misión. Ella debe impulsar y conducir una acción pastoral orgánica renovada y vigorosa, de manera que la variedad de carismas, ministerios, servicios y organizaciones se orienten en un mismo proyecto misionero para comunicar vida en el propio territorio. Este proyecto, que surge de un camino de variada participación, hace posible la pastoral orgánica, capaz de dar respuesta a los nuevos desafíos. Porque un proyecto sólo es eficiente si cada comunidad cristiana, cada parroquia, cada comunidad educativa, cada comunidad de vida consagrada, cada asociación o movimiento y cada pequeña comunidad se insertan



activamente en la pastoral orgánica de cada diócesis. Cada uno está llamado a evangelizar de un modo armónico e integrado en el proyecto pastoral de la Diócesis (169).

6. El crecimiento de la comunidad zonal y parroquial es un recorrido lento y progresivo, igual que la maduración de las plantas y las personas. Pasar de una pastoral elitista, individualista y muchas veces inmediatista a otra, de conjunto, comunitaria y planificada toma su tiempo. Nada nace ni crece de golpe. Es necesario respetar el ritmo de crecimiento del pueblo. Es mejor que cien personas tomen un paso adelante que una sola persona adelantarse cien pasos. Caminar juntos exige coordinación y articulación; ambos requieren de tiempo y energía, a reconocer y apreciar el valor del otro, su aporte y participación.

Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe. (365) La Iglesia convoca y congrega a todos en su misterio de comunión, sin discriminación ni exclusión (524).

La planificación es una herramienta de la renovación, ya que nace de la insatisfacción con lo que existe y pretende identificar el camino hacia un futuro mejor. La planificación desencadena un proceso de toma de decisiones y requiere de método. El método es un medio y no un fin en sí mismo, por tanto, tiene que ser flexible, maleable, para adecuarlo a las circunstancias particulares, pero un medio que lleva en sí, en forma de semilla al menos, el mismo dinamismo expresado en el objetivo último, en este caso en el de la comunión.

Para el proyecto de revitalización de la Iglesia se necesita utilizar un método participativo de planificación comunitaria ya que desde el inicio y durante todo el proceso se busca la participación máxima, todos llamados a crecer juntos en santidad, a buscar jun-

tos la voluntad de Dios, a poner en común su percepción de esa voluntad y usar sus dones y talentos al servicio de su consecución. Se intenta involucrar el mayor número de personas posible en la elaboración de ideas y propuestas, en la toma de decisiones en forma de consenso, en la elaboración y ejecución de las acciones programadas y en la evaluación del proceso mismo. Al enfatizar este criterio de acción se combate efectivamente al activismo que se contrapone a la planificación.

La planificación comunitaria exige de los involucrados conocer la realidad, no desde fuera, sino desde el amor, para poder así secundar la acción de Dios en la historia. No se hace sin tener claro el ideal que se quiere alcanzar, adecuando los medios al fin.

7. Construir el plan pastoral no sobre el pasado, ni simplemente sobre los problemas del presente, sino sobre el futuro deseado y querido. Esto ha ayudado a muchísimas personas e Iglesias particulares a no perder de vista el horizonte, el Reino inaugurado por Jesús y que crece día y noche sin que nos demos cuenta pero que siempre invita nuestra colaboración. Urge un plan pastoral global que se funde en la espiritualidad de comunión y está al servicio de esta misma espiritualidad; es decir, caracterizado por el diálogo, la participación y corresponsabilidad (el trabajo en equipo), la comunicación de bienes y el discernimiento comunitario. Es una pastoral de conjunto, orgánica y planificada.

No basta hacer planes de pastoral para responder a las urgencias del momento (inmediatismo) o para concentrar las energías en un solo campo de acción (la catequesis o la liturgia, por ejemplo) por un determinado tiempo. Son por definición planes parciales, no globales ni orgánicos. Exige pasar de ser meros repetidores del pasado o espectadores que nos impone la situación presente a ser forjadores, creadores de un futuro siempre mejor, siempre más cerca al ideal.

Aparecida nos recuerda:

Un auténtico camino cristiano llena de alegría y esperanza el corazón y mueve al creyente a anunciar a Cristo de manera



constante en su vida y en su ambiente. Proyecta hacia la misión de formar discípulos misioneros al servicio del mundo. Habilita para proponer proyectos y estilos de vida cristiana atrayentes, con intervenciones orgánicas y de colaboración fraterna con todos los miembros de la comunidad. Contribuye a integrar evangelización y pedagogía, comunicando vida y ofreciendo itinerarios pastorales acordes con la madurez cristiana, la edad y otras condiciones propias de las personas o de los grupos. Incentiva la responsabilidad de los laicos en el mundo para construir el Reino de Dios. Despierta una inquietud constante por los alejados y por los que ignoran al Señor en sus vidas (280 d).

Todo comienza con la comunión; su fundamento teológico se sitúa en el seno de la Trinidad, la comunión existente entre Padre, Hijo y el Espíritu Santo. La vocación humana, su misión, es vivir en comunión, con las hermanas y los hermanos, con la naturaleza y con Dios. La Trinidad es el origen de la comunión eclesial que camina históricamente hacia la comunión definitiva y plena. En el camino, la Iglesia busca servir de señal inteligible e instrumento a través del cual la humanidad hace presente en la historia su vocación fundamental, ofreciendo singular testimonio de la comunión fraterna en medio del mundo cada vez más fragmentado o atomizado, progresivamente desmembrado por la fuerza centrípeta de la búsqueda desordenada del bienestar personal. La Trinidad, como comunión perfecta, no sólo es la fuente y el modelo para la Iglesia; es también la meta escatológica hacia la cual tiende, ofreciendo así una respuesta al clamor de la inmensa mayoría por una Buena Nueva, ofreciendo un testimonio visible y creíble de que la comunión es posible.

Forjar la comunión de manera concreta es construir Iglesia en América Latina. Ser testigo de la voluntad de vivir la comunión a pesar de las limitaciones inherentes a la debilidad humana, ofrecer modelos comunitarios alternativos, favorecer la creación y promoción de comunidades con espíritu trinitario, en círculos concéntricos cada vez más amplios, es el papel de la Iglesia identificada en Aparecida.